

¡No te compares!

Aprende a vivir *libre* de la tiranía del yo y del mundo obsesionado con la competencia

SHANNON POPKIN



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Comparison Girl: Lessons from Jesus on Me-Free Living in a Measure-Up World*, © 2020 por Shannon Popkin y publicado por Kregel Publications, una división de Kregel Inc., 2450 Oak Industrial Dr. NE, Grand Rapids, MI 49505, U.S.A. Todos los derechos reservados. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *¡No te compares!* © 2020 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Nohra Bernal

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

Las personas e historias retratadas en este libro se utilizan con permiso. Para proteger la privacidad de estos individuos, se han cambiado algunos nombres y detalles de sus historias.

Se insta a la lectora que se encuentra en una relación abusiva a buscar el consejo de un pastor u otra persona de confianza, especialmente antes de tomar decisiones drásticas en un intento por practicar el mensaje de este libro de “ser libre”. Este libro no pretende reemplazar la atención profesional.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NBLA” ha sido tomado de la Nueva Biblia de las Américas, © 2005 por The Lockman Foundation. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NTV” ha sido tomado de la Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “DHH” ha sido tomado de la versión *Dios Habla Hoy*, © 1966, 1970, 1979, 1983, 1996 por Sociedades Bíblicas Unidas. Todos los derechos reservados.

Las cursivas en los versículos bíblicos son énfasis de la autora.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5956-6 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6893-3 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7740-9 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 29 28 27 26 25 24 23 22 21 20

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

*A mis tres hijos: Lindsay, Cole y Cade.
Que siempre encuentren la confianza, la libertad y el gozo de vivir
en la entrega y no en la comparación.*

Contenido

<i>Reconocimientos</i>	9
<i>Introducción: Cómo llegas a obsesionarte con la comparación</i>	11
1 De la competencia a la entrega • 25	
Lección 1: ¿Compararse o entregarse?	26
Lección 2: La sabiduría que nace de la envidia	34
Lección 3: Los muros de comparación reforzados con el orgullo	40
Lección 4: Un rival llamado Jesús	48
Lección 5: Un lugar al cual pertenecer	56
2 Comparar tu pecado y el mío • 66	
Lección 1: Indignación y repulsión	67
Lección 2: Un tribunal vacío	75
Lección 3: El tribunal es solo de Dios	83
Lección 4: Mediciones de lado y lado	91
3 Comparar la riqueza • 99	
Lección 1: Abandonar las etiquetas	100
Lección 2: Los camellos son grandes; las agujas, pequeñas	107
Lección 3: Recompensas que puedo perder	116
4 Comparar las apariencias • 124	
Lección 1: Una seguridad mayor que las apariencias	125
Lección 2: Para ser vista	132
Lección 3: Lo de dentro	141
Lección 4: Sepulcros blanqueados	149
5 Comparar nuestros ministerios • 158	
Lección 1: Expectativas elevadas	159
Lección 2: Tratadas por igual	165
Lección 3: “Primeros” frustrados	173
Lección 4: “Últimos” exaltados	180

6 Comparar el estatus • 186

Lección 1: Igualdad de oportunidades.....	186
Lección 2: Hacerme pequeña	193
Lección 3: Petición de privilegios.....	200
Lección 4: Círculos que restauran.....	206
Lección 5: Un Rey partido y entregado	213
<i>Conclusión: “Señor, ¿y qué de ella?”</i>	<i>221</i>
<i>Guía para líderes de grupo</i>	<i>225</i>

Reconocimientos

KEN, GRACIAS por animarme a entregar hasta la última gota que exigió escribir este libro. Escribirlo no habría sido posible sin tu amor y tu apoyo. Estoy muy agradecida por tenerte a mi lado, por la manera en que me haces reír, por ayudarme a mantenerme concentrada en nuestras metas del reino y por compartir el tesoro de la vida. Eres un regalo inmenso para mí.

Lindsay, tu fidelidad a Jesús y tu confianza en Él en tu vida de estudiante universitaria me llena de alegría más de lo que puedo expresar. Cole, celebro contigo todo lo que Dios ha hecho y estoy muy orgullosa de ti. Cade, observarte servir a otros con tu música, tus palabras y tu sentido del humor me llena de gozo. A veces alguno de ustedes se acerca a preguntarme si tengo lágrimas en mis ojos y cómo es posible que me ponga a llorar. Con frecuencia esta es la razón: Verlos a ustedes tres navegar por la vida y lanzarse a la aventura de entregar sus dones al mundo en actitud de adoración a Dios produce en mí un gozo inefable. Las lágrimas son la única manera que tengo para expresarlo.

Mamá y papá, gracias por ser obreros de la viña de las 6:00 de la mañana (Mateo 20) que me enseñaron el gozo y el honor de servir a Jesús. Su amor por el Señor fue el fundamento para el mío. Gracias por amar a nuestros hijos, por invertir en todos nosotros y por servir un “banquete” cada noche, semana tras semana. Estoy infinitamente agradecida por ustedes dos.

Raquel Norton, Jamie Brauns, Jackie VanDyke y Kristi Huseby, ustedes son verdaderas amigas que me inspiran a seguir a Jesús sin reservas. Gracias por invertir en mí, por compartir juntas la vida y por recordarme siempre aquello que es verdad.

Guerreras de oración “Prayeriors”, este libro no sería posible sin sus oraciones. Gracias por su compromiso de servir juntamente conmigo de esta manera. Un agradecimiento especial a Ruth, a la tía Jo, a Pearl,

a Karen y a Bonnie por todas las notas, los textos y los versículos de ánimo. Saber que ustedes oran me anima más de lo que se imaginan.

Pearl Allard y Erika VanHaitsma, ¡ustedes son las mejores asistentes que alguien podría desear! Gracias por apoyarme con tanta excelencia y gozo. Un agradecimiento especial para Johanna Froese (¡y a la mano de Pearl!) por la imagen de la cubierta de este libro.

Vivian Mabuni, Kate Motaung, Lee Nienhuis, Katie Reid y Brenda Yoder. Gracias por su ministerio conjunto con las palabras. Su sabiduría colectiva ha sido un gran regalo para mí. Grinklins, gracias por orar por mí, por enriquecerme con sus ideas y por brindarme su aliento.

¡Gracias al equipo de Kregel por invertir en mí y hacer un esfuerzo adicional en este proyecto! Janyre y Sarah, ustedes son editoras con “e” mayúscula. Gracias a Catherine, Steve, Katherine, Joel y a todas las otras manos que remaron en la misma dirección. Que el Señor se agrade con su labor. Gracias también a Pablo Genzink por su excelente trabajo de camarógrafo. Convertiste unos comentarios y un recinto lleno de amigas en un poderoso recurso para el estudio bíblico.

Y al Señor Jesús, que se hizo pequeño y se entregó a sí mismo a fin de librarme del desvío hacia la destrucción, *gracias*. He amado aprender el sonido de tu voz con el estudio de las páginas de tu Palabra. Gracias por el privilegio de comunicar a mis amigas estos pensamientos acerca de ti.

Introducción

Cómo llegas a obsesionarte con la comparación

HE OÍDO QUE tu recuerdo más temprano revela algo acerca de lo que es importante para ti. El mío tuvo lugar en la iglesia cuando tenía alrededor de cuatro años. Estábamos en el área del balcón y me habían dejado sentarme sola en una fila más adelante de mis padres, a un lado. Recuerdo que me sentía grande, sosteniendo mi himnario en alto y cantando con gran satisfacción. Entonces vino una interrupción.

Me sorprendió una mujer detrás de mí que se inclinó para ayudarme a voltear mi himnario (que a *ella* le pareció que estaba al revés). Cuando lo puso de nuevo en mis manos, yo fruncí el ceño. La mujer y sus amigas bajaron la vista con miradas amables pero altivas, y no me gustó. Para nada.

Enseguida me enderecé con mi cabeza en alto y volteé mi himnario a la posición original. Así es como me *gusta* sostener mi himnario, muchas gracias. Ya está.

Desde pequeña he detestado esos momentos en los que mis errores quedan penosamente en evidencia. Detesto quedar expuesta o que me miren despectivamente. Prefiero que el mundo entero me vea como una aparición resplandeciente de perfección, como alguien sin defecto. Incluso cuando mis carencias son naturales (como no poder leer a los cuatro años), mi corazón se inclina al perfeccionismo, la independencia y el orgullo.

Como podrás imaginar, esta tendencia no me ha traído gran libertad y gozo. En lugar de eso, ha producido un gran temor de lo que piensan los demás y al qué dirán, un afán por demostrar que valgo y dar la talla, y un gran temor a que la gente descubra mis faltas.

Estos miedos, afanes y temores me convirtieron en una mujer obsesionada con la comparación.

SENTIRSE MENOS

Darla era una de mis amigas más queridas de la universidad. Teníamos mucho en común; nos reíamos por dondequiera que fuéramos. Sin embargo, existía una categoría en la que yo me sentía muy inferior a Darla: las citas amorosas.

Darla tenía novios en serie. Si arrojaba a un joven al fondo del mar, en menos de una semana ya tenía una nueva “pesca”. Yo, en cambio, tenía mucho menos experiencia en las citas amorosas. De vez en cuando, algún joven me invitaba a salir y rara vez florecía una relación que duraba poco. Mientras que el calendario de citas de Darla tenía pocos días disponibles, el mío tenía muy pocos días ocupados.

Nunca hablamos de ello. Nunca le dije a Darla: “¿Por qué atraes más a los muchachos que yo?”. Pero yo me lo preguntaba. ¿Era más bonita que yo? ¿Era más entretenida su conversación? ¿Era más encantadora su personalidad?

Yo no permitía que esas preocupaciones afloraran mucho a la superficie. Quería a mi amiga y no quería sentir celos de ella, de manera que oculté mis comparaciones internas. ¡*Definitivamente* yo no habría querido que mis fracasos sentimentales (especialmente comparados con Darla) salieran a relucir en público! Pero eso fue exactamente lo que sucedió.

Un día, Darla y yo estábamos con un grupo de estudiantes en el apartamento de alguien, cuando se decidió que sería divertido jugar el juego de “Cuánto conoces a la persona con quien sales”. Para jugarlo, varios novios del grupo se fueron a la cocina para anotar las respuestas a algunas preguntas, mientras sus novias esperaban en la sala. Cuando los muchachos regresaban, si las respuestas de las mujeres coincidían con las de sus novios, ganaban puntos.

No había suficientes parejas, de modo que Darla y yo acordamos jugar como compañeras de habitación. Ella fue a la cocina y yo me quedé en la sala. Sonreí cuando Darla regresó junto con aquellos novios corpulentos, cada uno con un montón de tarjetas con las respuestas.

Solo recuerdo una pregunta de ese juego, que me dejó el ánimo por el piso. La pregunta fue: “¿Con qué frecuencia sales con alguien?”. Estas eran mis opciones:

- A. Al menos una vez por semana
- B. Una semana sí y otra no
- C. Una vez al mes
- D. Menos de una vez al mes

¿Con cuánta frecuencia salgo con un muchacho? ¡Prácticamente nunca! D era la respuesta obvia. ¡Pero yo no pensaba revelar *esa* información en un recinto lleno de muchachos con quienes yo *quería* salir! Me aterraba la idea de ganarme la fama de “la muchacha a la que nunca invitan a salir”.

Tenía pocos segundos para preparar mi respuesta y el raciocinio que rondaba en mi cabeza era algo así como: “Está bien, el año pasado salí con uno, dos... tres muchachos, creo. Y con cada uno tuve alrededor de... veamos... ¿unas cuatro o cinco citas? Es decir, unas quince citas. Más o menos. Digamos que quince. De modo que, si se divide quince por doce, eso es más de una cita al mes. En promedio. De modo que se puede decir que salgo con muchachos más de una vez al mes...”.

“B” —respondí confiada—. Una semana sí y otra no.

De inmediato, Darla puso cara de desconcierto. Era su turno de voltear la tarjeta en sus manos y descubrir la respuesta, pero no lo hizo. Se quedó ahí parada entre todos esos novios, con una mirada inquisitiva.

De repente, mi corazón se llenó de temor. Por pensar únicamente en la impresión que tendrían otros de mí, no había tenido en cuenta que Darla no conocía mi juego secreto de multiplicación-racionalización. En el tono característico que se usa para corregir a un niño pequeño que miente, ella dijo: “Shan...”. Era evidente que nuestras respuestas no coincidían. Fue tan evidente que me arriesgaba a ser llamada “la muchacha a la que nunca invitan a salir pero finge que sí”. Fue una verdadera tortura.

Los otros esperaron en silencio, intercambiando miradas entre Darla y yo mientras nosotras nos mirábamos fijamente. Podía adivinar por su expresión de ruego que ella hubiera deseado que yo cambiara

mi respuesta, ¡pero eso sería una tortura peor! Quedar catalogada, en público, como “la muchacha a la que nunca invitan a salir pero finge que sí y luego lo confiesa”, era demasiado vergonzoso. No fui capaz.

Después de esperar lo máximo posible, Darla levantó la tarjeta que revelaba la verdad.

“D. Menos de una vez al mes”.

Fue un momento indignante para mí. Un grupo completo de mis compañeros había sido testigo de mi intento flagrante de exagerar mi historia de citas amorosas, para luego verla encogerse a su verdadera dimensión.

Durante muchos, muchos años, no hablé acerca del suceso. Ni siquiera con Darla. Solo cuando relataba anécdotas de mi vida universitaria para mi hija (que asiste a la misma universidad), pude al fin hablar del tema y reírme de cómo mi vida sentimental quedó al descubierto. Mi hija rio, abrió los ojos y dijo: “Mamá, ¡eso es *horrible!*”.

Estoy de acuerdo. ¡Fue horrible!

EL DESPRECIO POR NUESTRA DEFICIENCIA

¿Has tratado de ocultar una verdad acerca de ti? ¿Tienes recuerdos de décadas sepultadas en la vergüenza, de las cuales no has podido hablar con nadie? ¿Has estirado la verdad como una banda elástica para lucir mejor, para luego sentir el azote en tu cara cuando se devuelve?

Hay algo en nosotras que desprecia nuestra propia deficiencia. Detestamos que se nos considere “menos”. Ansiamos ser aceptadas y admiradas. No ignoradas ni excluidas. ¡Queremos dar la talla! Y por ello caemos en el hábito de mirar a lado y lado para compararnos con otros.

¿Has visto esas cintas de medición laser que emiten una fina luz roja y dan medidas instantáneas? Cuando yo era adolescente y joven, mi mente era como una cinta de medir que nunca se apagaba. Dondequiera que iba, tomaba medidas y me preguntaba cómo me encontraba yo comparada con otros. Me obsesionaban preguntas como:

¿Qué piensa él de mí?

¿Cómo me veo?

¿Soy tan bonita como ella?

¿Sonó tonto lo que dije?

Yo no hablaba abiertamente de mis inseguridades. Estoy segura de que muchas de mis compañeras pensaban que yo era una persona confiada y fuerte, pero en lo oculto de mi corazón, me comparaba constantemente con otros. Ansiaba saber lo que los demás pensaban de mí. Saber cómo me medían *los demás*. Saber cómo estaba yo en comparación con otros.

Cuando alguien me halagaba, yo consideraba el gesto como oro puro. Guardaba cuidadosamente cada halago en los archivos de mi mente y regresaba a mis archivos con frecuencia para asegurarme de yo no era un completo fracaso.

Asimismo, aprendí intuitivamente a usar la comparación para suprimir mi inseguridad con orgullo. Me proponía encontrar una mujer que, de alguna manera, *no estuviera a mi altura*. Tal vez no era tan lista o popular. O no era tan bonita. Yo me consolaba pensando: *Al menos soy mejor que ella*. Me decía a mí misma que eso era practicar la gratitud, cuando en realidad estaba alimentando el orgullo.

SENTIRSE LO MÁXIMO

Un día, cuando era una maestra joven, la directora de la escuela me llamó aparte y me dijo: “Shannon, quiero que sepas que, de todos los maestros de la escuela, *tú eres* a quien más han valorado los padres. Eres la más solicitada para ser la maestra de sus hijos. ¡Sigue adelante con tu buen trabajo!”. Mi corazón casi estalla de orgullo.

¡Me valoraban! ¡Era *más* solicitada que los demás! Tuve la humildad de reservarme esta información, pero en los meses siguientes, cada vez que cometía un error o que alguien cuestionaba mi trabajo, yo me consolaba con el recuerdo de aquel elogio de la directora. Recordaba sus palabras exactas y las usaba para disipar la inseguridad. Y los meses se convirtieron en años.

Me avergüenza pensar en cuántas veces repasé esas palabras. Años después, cuando esos padres recordaban a qué maestra pedían para su hijo tanto como recordaban el lugar donde habían estacionado su auto el primer día escolar, yo seguía aferrada al recuerdo desgastado

de este elogio caducado, como Linus a su manta de seguridad. *Fuiste la más solicitada ese año*, me repetía a mí misma. *¡La más solicitada!*

Me da pena contarte esto. Casi me revuelve el estómago. Aún más difícil es reconocer que la comparación todavía me atormenta. Todavía me preocupa más lo que las personas piensan que lo que Dios piensa. Y todavía busco instintivamente extinguir mi inseguridad con los halagos que me han hecho. Tan pronto como este libro salga, estoy segura de que me sentiré tentada a obsesionarme con los comentarios y las clasificaciones en Amazon.

A propósito, las redes sociales tampoco me ayudan en esto. Siento mucha compasión por los muchachos de hoy que crecen rodeados de información instantánea con la cual medirse con otros. Ni siquiera tienen que preguntarse qué piensan los demás. La prueba son Instagram y Snapchat.

Siento compasión también por los adultos. Ya superamos la etapa de compararnos con otras mujeres en nuestro salón de clases en la escuela. Ahora tenemos las redes sociales que nos bombardean con millones de mujeres al mismo tiempo, dándonos evidencia tangible con la cual medirnos. Quién toma vacaciones mejores que nosotras. Quién invierte más tiempo en manualidades y salidas con sus hijos. Quién tiene la casa más organizada y moderna. Qué hijo en la secundaria posa para selfies con la mamá, mientras el mío me exige, en eventos sociales, mantenerme tan lejos como un campo de fútbol.

He aprendido que la comparación es como una droga. Cuanto más nos comparamos, más queremos compararnos. Constatar si damos la talla se convierte en una obsesión. Con los teléfonos siempre en mano, es prácticamente imposible pasar una tarde sin revisar nuestro récord de vistas, me gusta y comentarios.

La comparación tampoco es algo que mantengamos aislado de lo demás. Es algo que penetra cada área de nuestra vida y nos persigue en cada etapa. Comparamos desde cuando éramos madres jóvenes hasta que somos abuelas, desde que éramos nuevas en un trabajo hasta que nos jubilamos, desde que éramos recién casadas hasta que celebramos el aniversario cincuenta. Sencillamente no podemos dejar de hacer esto que nos roba el gozo, que agota nuestro sentido de valía personal, que nos frena. No podemos parar de jugar “el juego de la comparación”.

¿ES REALMENTE UN JUEGO?

Es irónico que llamemos la comparación un juego, porque estoy segura de que Satanás la considera una estrategia de guerra que usa en nuestra contra. Permíteme explicar por qué lo digo. La comparación produce dos resultados. A veces nos comparamos y nos consideramos superiores, lo cual conduce a:

- orgullo
- egocentrismo
- obsesión con las metas
- perfeccionismo
- juicio y crítica
- arrogancia exagerada
- obsesión con el logro

Otras veces, nos comparamos y nos consideramos inferiores, lo cual conduce a:

- humillación
- complejos
- temores obsesivos
- resignación
- inseguridad
- sentimiento de indignidad
- vergüenza
- autodesprecio
- celos

Yo no quiero caracterizarme por ninguna de estas cosas y supongo que tú tampoco. Son vicios verdaderamente feos de los cuales preferiríamos librarnos. Nos mantienen cautivas, a veces por décadas, lo cual es precisamente lo que Satanás quiere. La comparación no es un juego; es un ataque. Y, si hemos de escapar de ella, tenemos que reconocer nuestras ideas equivocadas y el hecho de que el enemigo nos impulsa a creerlas.

Siempre que escuches una voz que diga: “Mira, esa mujer es mucho más delgada que tú”, recuerda que no es Jesús quien habla, sino tu

enemigo. Y cuando oigas una voz que dice: “Fíjate, ella no tiene ni idea de cómo vestirse”, recuerda que no es Jesús quien habla, sino tu enemigo.

EL REY JESÚS

Tal vez hayas oído la famosa cita atribuida al presidente Theodore Roosevelt: “La comparación es el ladrón del gozo”. Y, si te pareces a mí, esperas que las Escrituras respalden esta idea. Pero no es así. De hecho, con frecuencia veo que Jesús nos invita a comparar. ¿Te parece difícil creerlo?

Cuando Jesús vino y anduvo en sandalias por caminos polvorientos y compartió nuestras comidas, nuestras historias y nuestro dolor, Él encontró mujeres obsesionadas con la comparación, mujeres llenas de celos, arrogancia, complacencia y vergüenza como nosotras. Aun así, Jesús no les enseñó a renunciar a toda comparación. Antes bien, muchas de sus lecciones incluyeron comparaciones explicativas. Piensa en las historias que Jesús contó sobre el buen samaritano, el fariseo y el cobrador de impuestos, y los edificadores sabios y necios.

Jesús también comparó a las personas en la vida real. Como cuando una viuda ofrendó un par de monedas insignificantes y Jesús dijo que ella había dado más que los demás. O cuando Marta protestó porque su hermana no ayudaba en la cocina y Jesús dijo que María había escogido la mejor parte. Jesús usó constantemente comparaciones e historias acerca de la comparación para enseñar una manera diferente de ver las cosas.

En el mundo existe una manera particular de sopesar las cosas. Existe un sistema establecido que funciona de la siguiente manera: Si quieres ser alguien a los ojos del mundo, tienes que superar a alguien más. Si quieres recibir honra, tienes que buscar tener la delantera. Si quieres ser importante, tienes que demostrar que tienes más y que eres más. En pocas palabras, tienes que dar la talla. Y, por la manera en que todas nos enredamos tratando de lograrlo, es evidente que hemos tomado nota y acatado la orden. Sin embargo, déjame decirte lo que pasamos por alto.

Este mundo lleno de medidas, junto con el que mide, Satanás, son dos grandes enemigos de Dios. Por cuenta de su enemistad contra

Dios, estos dos enemigos me tientan a vivir conforme a las reglas del mundo, a sus juegos y sus trucos. Y existe un enemigo más: el yo. Porque mientras el mundo y el diablo me incitan a “jugar el juego de la comparación”, mi realidad es esta: ¡Yo quiero jugar! Yo quiero ser celosa. Yo quiero ser la primera. Yo quiero protestar cuando alguien lleva la delantera. Con todo, cuando cedo a mi deseo pecaminoso de dar la talla, me vuelvo partícipe de un sistema mundano gobernado por un tirano malvado que quiere destruirme.

Un día, muy pronto, Jesús regresará para establecer su reino y en aquel día todo cambiará. Todo el mundo va a reestructurarse bajo el reinado del Rey Jesús. Muchos que son ignorados, despreciados o considerados “últimos” en esta vida, serán los principales en la vida venidera.

Jesús nos invita a vivir ahora de la manera en que desearemos vivir entonces, rechazando nuestras ansias de compararnos y procurando obtener las recompensas de su reino, en lugar de afanarnos por las recompensas del mundo que se desvanecen. Cabe aclarar que no nos libraremos por completo de esta batalla con la comparación hasta el día que Satanás sea expulsado y todo sea hecho nuevo. No obstante, hoy, cuando elijo vivir conforme a los valores del reino de Jesús, me alejo del humo del mundo obsesionado con competencias y comparaciones, y respiro el aire limpio del reino.

COMPARACIONES INSTRUCTIVAS QUE HACE JESÚS

De acuerdo, pero ¿cómo puedo cambiar esto? ¿Cómo me niego a la comparación y abandono la obsesión de medirme? ¿Cómo sigo a Jesús a cambio? De este modo: aprendo a escuchar la voz de Jesús. Escucho lo suficiente y con la suficiente atención hasta que empiezo a reconocer la voz de Jesús. Tanto que, cuando escucho algún mensaje que dice: “No vales” o empiezo a pensar: “Tú eres mejor que ella”, discernio lo suficiente para decir: “Eso no es lo que diría Jesús”. Cuanto más escucho a Jesús, más sopeso lo que pienso. En vez de entretener ciegamente las ideas pecaminosas y egocéntricas, empiezo a reconocer el siseo del enemigo en mis propios pensamientos.

Jesús dijo que sus ovejas lo siguen y conocen su voz (Juan 10:4) y, gracias a Dios, su voz está registrada en las páginas de nuestra Biblia. Cuando nos inclinamos a escuchar, oiremos repetidamente la voz

de Jesús que habla acerca de su reino. Él siempre usó declaraciones sucintas y contrastantes para describir cómo su reino se diferencia del mundo. Creo que Él quiso que estas declaraciones quedaran grabadas en la mente de las personas y les ayudaran a reorientar la manera en que se veían a sí mismas, a los demás y al mundo. Creo que Él quiere lo mismo para las mujeres de hoy que se comparan. Por eso he organizado este estudio alrededor de lo que yo denomino las “comparaciones instructivas” que hace Jesús.

Encontré por primera vez las comparaciones instructivas que hace Jesús cuando pasaba mis días limpiando narices, cambiando pañales y doblando pantalones miniatura, y me comparaba con otras mujeres cuyas rutinas parecían ser mucho más importantes y dignas. En mi frustración por ansiar reconocimiento, recuerdo que hojeaba mi Biblia en busca de los versículos en letra roja, las palabras de Jesús. Anhelaba escuchar directamente a mi Señor y adquirir su perspectiva acerca de mi vida, en lugar de ceder a la tentación del enemigo con sus mensajes de desprecio. El ejercicio funcionó.

Allí, sentada en mi sala llena de juguetes desparramados, sin maquillaje y una camisa llena de manchas de regurgitaciones de bebés, las comparaciones instructivas que hace Jesús cobraron vida. Estas son algunas palabras que oí de Jesús.

La mayor de ustedes es la que sirve.

La que se exalta será humillada y la que se humilla será exaltada.

La que es primera será la última. La que es última será la primera.

Me intrigaban esas palabras. Me propuse en mi corazón experimentar la grandeza que no dependía de un salario ni de un título. Si era cierto que yo podía convertirme en una de las “grandes del reino” simplemente inclinándome a servir, la sala de mi casa era el punto de partida perfecto.

Saqué un cuaderno de notas y empecé a hacer una lista de las enseñanzas revolucionarias de Jesús. Mientras estudiaba, me di cuenta de que Jesús no lanzaba al azar sus comparaciones instructivas, sino que las entretejía cuidadosamente en las historias y en las conversaciones con personas que, como yo, se comparaban.

Jesús respondió en tiempo real a personas reales que:

- Comparaban su pecado con el pecado de otros
- Comparaban su riqueza y sus posesiones
- Comparaban su apariencia
- Comparaban su servicio a Dios
- Comparaban su estatus o posición social

Escuchar estas interacciones entre Jesús y las personas propensas a compararse en siglos pasados fue como encontrarme a mí misma en la Biblia. Me vi retratada en los discípulos que ansiaban reconocimiento. Me vi retratada en los fariseos que llevaban ropa llamativa para ser vistos. Me vi retratada en el cobrador de impuestos que sentía vergüenza de su pecado. Me vi retratada en el hombre que no quiso entregar sus riquezas y convertirse en un hombre común. En cada caso, tenía mucho qué aprender de este reino revolucionario de Jesús.

Aunque mis hijos ya dejaron atrás los pantalones pequeños que yo acostumbraba doblar, las enseñanzas de Jesús me acompañan continuamente hasta el día de hoy. Ahora, mi sala de estar está ordenada, los salarios y los títulos son la norma, pero todavía soy propensa a compararme. Más que nunca, necesito protegerme de mi enemigo invasivo escuchando la voz de mi Pastor.

Volver continuamente a las comparaciones instructivas que hace Jesús es como si alguien enderezara mi himnario en mis manos, como cuando tenía cuatro años. No puedo decir que sea un ejercicio cómodo ni sencillo; muchas veces es humillante. Sin embargo, reorientar mi perspectiva conforme a la de Jesús es lo que calma mi corazón y restaura mi confianza y mi gozo.

UNA VIDA LIBRE DE LA TIRANÍA DEL YO

Si tienes esta lucha de medirte y compararte con otras personas, te invito a que me acompañes en un estudio de seis semanas acerca de las comparaciones instructivas de Jesús, y las historias y conversaciones que incluyen. Sugiero que tengas a mano un rotulador rojo para que puedas marcar tu libro y tu Biblia cuando encuentres las comparaciones instructivas que hace Jesús. Te sorprenderá cuántas veces aparecen y te asombrará la manera en que estas declaraciones, tan intensas como la tinta roja, pueden reorientar tu manera de

pensar y ayudarte a verte a ti misma y a los demás desde la perspectiva del reino.

A lo largo de nuestro estudio juntas, observarás un tema clave. La comparación en la que quedo atrapada es completamente egocéntrica. Cuando entro en un recinto, puede que mire a otros, pero mi enfoque siempre está en mí. Me proyecto y asumo una determinada actitud. Me encojo y evito. Sin importar hacia dónde me dirija, estoy pensando en mí y me obsesiono con evaluarme, lo cual es agotador. En cambio, si entro en un recinto lleno de personas con la mentalidad de Jesús, *libre* de egocentrismo, puedo sencillamente enfocarme en otros que están presentes. Por supuesto, me percataré de lo que es diferente en mí, pero mis diferencias no me añaden ni me quitan valor, sino que me ofrecen oportunidades únicas para servir. Exaltar a Dios y a los demás con lo que tengo y con lo que soy me permite ocupar un lugar al cual pertenecer, y eso no es agotador sino emocionante.

Vivir libre de egocentrismo es lo que me guarda de caer en la comparación que se obsesiona con poner el yo primero. Cuando pongo a una persona primero que yo, de manera natural dejo de intentar sobrepasarla. Y cuando la exalto, al mismo tiempo dejo de mirarla con desprecio. Y cuando me inclino a servirla, olvido compararme con ella.

La comparación libre de egocentrismo mira a alguien y dice: “¿Qué puedo ofrecerle a esta persona que nadie más puede ofrecer?” o “¿De qué maneras ha dotado Dios a esta persona para ayudarme a crecer?”. Cuando yo celebro mi propia singularidad y rehúso sentirme amenazada por la singularidad que observo en otra persona, mi vida experimenta una transformación total. Cuando no estoy atada al temor de no dar la talla ni al orgullo de ser la primera, puedo disfrutar de las relaciones con otros, puedo compartir mis dones y puedo disfrutar a Dios como nunca imaginé que fuera posible. ¡Puedo vivir libre de la tiranía del yo! Esto significa vivir...

- libre de inseguridad;
- libre de celos y envidia;
- libre del aguijón de no dar la talla;
- libre del egocentrismo;
- libre de la lucha incesante de sobrepasar a otros o ser la primera;
- libre para ser la persona única que Dios quiso que yo fuera;

- libre para animar y alentar a otros; y
- libre para dar de mí y servir a otros con gozo.

Por supuesto, esto es exactamente lo que Satanás *no* quiere. Él sabe que participar en una comunidad de personas que sirven las unas a las otras y que glorifican a Dios es lo que nos protege del cautiverio, mientras que la comparación nos mantiene cautivas. Por eso, Satanás seguirá tentándonos a caer en la comparación egocéntrica. Y Jesús seguirá invitándonos a vivir libres de ello. ¿Anhelas, como yo, gozar de las libertades de la lista anterior? Me emociona mucho poder experimentar una vida libre de la tiranía del yo al estudiar contigo las comparaciones instructivas de Jesús y aprender a vivir como Él vivió.

ACERCA DEL ESTUDIO

Considera la posibilidad de hacer este estudio con una amiga o en un grupo. He dividido los capítulos en lecciones. Algunos capítulos tienen más lecciones que otros y todos empiezan con un pasaje bíblico relacionado. Te animo a no saltar las lecturas bíblicas; no quiero que te pierdas la experiencia de escuchar a Jesús en directo. Aunque he leído estas historias decenas de veces, la revolucionaria perspectiva de Jesús se vuelve más y más clara con cada lectura. Mi anhelo es que tú también lo experimentes.

Te darás cuenta de que cada lección concluye con una meditación que condensa la verdad de la lección, además de algunas aplicaciones prácticas y preguntas para tu estudio bíblico personal. Espero que uses un cuaderno de notas o un diario personal para anotar tus respuestas y tus planes de acción. Si lo estudias en grupo, las líderes pueden usar la “Guía para líderes de grupo” al final del libro. Puedes encontrar otros recursos también en www.portavoz.com/ShannonPopkin.

Amiga, pongamos fin a estos ataques de comparación que nuestro enemigo ha usado contra nosotras por tanto tiempo. En lugar de compararnos las unas con las otras, exaltemos a Dios y sirvámonos mutuamente. En lugar de vivir atormentadas por la comparación, derrotémosla, entreguemos nuestras vidas para servir al prójimo y seamos libres.

Toma tu diario y escribe algunas ideas como punto de partida:

- ≈ ¿Cuáles de las siguientes motivaciones te impulsan más?
- El deseo de demostrar que vales y de dar la talla
 - El miedo a lo que piensan los demás y al qué dirán
 - El miedo a que descubran tus deficiencias
- ≈ ¿Con qué historia mía te identificas más y por qué?
- El himnario al revés: Querer ser vista como alguien sin defectos
 - La vida sentimental puesta al descubierto: La tentación de inflar la verdad acerca de ti
 - La maestra más solicitada: Aplacar tus inseguridades con orgullo
- ≈ Piensa en tu vida. ¿El hecho de compararte con otras personas te ha robado el gozo, minado tu sentido de valía personal o te ha frenado?
- ≈ ¿De qué males quisieras librarte? Señala los más prioritarios para ti.
- Inseguridad
 - Celos y envidia
 - Egocentrismo y el sufrimiento por no dar la talla
 - El afán continuo de superar o aventajar a los demás
- ≈ ¿Batallas más con sentimientos de inferioridad o de superioridad? ¿Qué dirían al respecto las personas que te aman? Tal vez quieras preguntarle a alguien.
- ≈ ¿Cuál crees que es la principal transformación que Dios quiere obrar en la manera en que te ves a ti misma y a los demás, por medio de este estudio?

Capítulo uno

De la competencia a la entrega

MI AMIGA ALISON vivió la terrible experiencia de ver en directo con su familia el incendio de su casa. Estaban en el prado del frente de la casa y, cuando cruzaban la calle para alejarse de las llamas, descalzos y en pijama, un hombre se acercó en su auto y se detuvo a preguntar: “¿Esa es su casa?”.

Más tarde, se enteraron de que él era el pirómano en serie que había *provocado* el incendio.

Al parecer, esto no es tan extraño como podría sonar. Los criminólogos han descubierto que los pirómanos en serie acostumbran regresar al lugar del incendio que han provocado para observar la escena con un sentimiento de poder e importancia.¹

Yo creo que esta es la manera en que Satanás nos mira cuando las destructoras llamas de la comparación azotan nuestra vida.

Él se contenta con permanecer en las sombras, observando con satisfacción cómo nos alejamos las unas de las otras por celos u orgullo. Sin embargo, en este capítulo quiero retirar esa cortina que lo oculta en las sombras y alumbrar con un intenso reflector al enemigo que desde hace demasiado tiempo ha encendido y puesto divisiones entre nosotras con su sabiduría corrompida que nace de la envidia.

Derribemos estos muros de comparación entre nosotras y unámonos en humildad y libres de todo egoísmo, para exaltar a nuestro Rey Jesús y ofrecer a cada una un lugar al cual pertenecer.

1. Meghan Holohan, “6 Infamous Arsonists y How They Got Caught”, Mental Floss, 3 de enero de 2012, <http://mentalfloss.com/article/29633/6-infamous-arsonists-and-how-they-got-caught>. Ver también Matthew Rosenbaum, “Inside the Mind of an Arsonist”, ABC News, 2 de enero de 2012, <https://abcnews.go.com/US/mind-arsonist-head-los-angeles-fire-starters/story?id=15274504>.

Lección 1: ¿Compararse o entregarse?

Lee Santiago 3:13-18 y Juan 10:1-11

EN SEXTO GRADO, yo era una niña traviesa, imaginativa y despreocupada con gafas y pecas. Mi mejor amiga, Kathy, y yo, nos divertíamos juntas pasándonos notitas escondidas en el sacapuntas, con palabras en código secreto en caso de que fuéramos descubiertas. Teníamos muchas pijamadas y reíamos toda la noche con historias inventadas.

Todo cambió en el campamento de sexto grado. Kathy quedó en una cabaña diferente y yo estaba con algunas niñas que tenían maquillaje y ropa de moda, y hablaban acerca de muchachos. Yo estaba segura de que los muchachos también hablaban de ellas. En especial de Kim, la niña rubia de cabello largo, pestañas gruesas y la sonrisa con los hoyuelos más monos.

Cuando desempacamos, Kim dijo a sus amigas que prefería ducharse en la noche, y todas estuvieron de acuerdo. Al parecer, era mucho mejor ducharse en la noche. Sin embargo, yo no había planeado bañarme en absoluto. ¡Era un *campamento*! Puesto que no había empacado ni toalla ni champú, empecé a temer lo que, al cabo de un par de días, Kim y sus amigas pudieran pensar de la niña que no se duchaba ni en la mañana *ni* en la noche.

Cuando las niñas salieron de las duchas, yo miré con curiosidad cómo Kim enrollaba su cabello húmedo en rulos de esponja de color rosa. En la mañana quedé boquiabierta. El largo cabello rubio de Kim se había transformado en hermosos bucles que rebotaban sobre sus hombros cuando se movía. Me dio mucha curiosidad, por decir lo menos. También me llené de alegría y esperanza porque, aunque era obvio que yo no estaba a la altura de Kim y sus amigas, ella había revelado el secreto de su envidiable belleza. ¡*Rulos de esponja!*

Padecí tres días de campamento sin ducha y sintiéndome fuera de lugar, deseando poder encontrarme con Kathy y volver a la rutina de pasar notitas y reírnos en sacos de dormir. Pero de algún modo supe que esos días habían quedado en el pasado. Regresé a casa resuelta a crecer y a reinventarme. ¿Y qué era lo primero en la lista? Rulos de esponja.

Mi mamá fue muy amable y me consiguió unos, y esa noche me

duché y enrollé mi cabello más bien corto, castaño y húmedo, en los rulos rosa, al estilo de Kim. A la mañana siguiente me quité los rulos y corrí al espejo. *Quedé boquiabierta*, pero no por haber visto algo envidiable o hermoso. ¡Me veía como si hubiera sido electrocutada!

El campamento de sexto grado fue un momento decisivo. Mi vida pasó de ser despreocupada a vergonzosa. De tranquila a insegura. De plácida a inadecuada hasta el hartazgo. De la noche a la mañana, en sentido literal, mis ojos fueron abiertos. Vi algo que antes había estado oculto. Una dimensión que había pasado por alto. Un mundo entero se abría delante de mí. El mundo de la comparación.

LAS LÍNEAS DE COMPARACIÓN

Vuelve al pasado y toma una fotografía mental de ti misma en la escuela. En tu mano hay una taza medidora de vidrio que contiene tus dones, tus aptitudes y tus talentos. La mezcla incluye tu personalidad, al igual que tu trasfondo familiar y tus experiencias. Tu taza rebosa de potencial... y ese potencial es exactamente lo que Satanás quiere robar, matar y destruir. Él quiere robarte la vida misma.

Satanás no pelea limpio. Él no espera a que una niña crezca lo suficiente como para procesar sus experiencias de manera objetiva. Antes de que ella logre siquiera entender quién es, la incita a medir lo que hay en su taza y a compararse con alguien más. De hecho, creo que Satanás organiza sus ejércitos para atacar precisamente cuando una niña, parpadeando desconcertada, descubre por primera vez que, en efecto, *hay* líneas en su taza medidora.

Por supuesto, no tengo pruebas de esto. Pero cuando observo que una niña de once o doce años pasa del juego de pasarse notitas irrelevantes, de abrazar a sus amigas y de incluir a todas en sus juegos, a quedar repentinamente atrapada en prácticas como *sexting* y cortarse el cuerpo, y en tácticas de niña mala, casi puedo ver demonios merodear. ¿Y cómo la atacan? ¿Cuál es su táctica? Señalan las líneas de su taza medidora y la incitan a compararse.

Recuerda tu yo en la secundaria. ¿Hubo momentos en los que sentiste que no dabas la talla? Tal vez tu servicio de vóleybol era débil o tu ropa no estaba a la moda. Tal vez un muchacho terminó una relación contigo y se puso a alardear de ello. Cuando te mediste y descubriste

que no dabas la talla, ¿qué pasó? ¿Desarrollaste nuevas inseguridades? ¿Te enfocaste más en ti misma? Piensa también en las ocasiones en las que te comparaste y quedaste en ventaja sobre otras personas. Quizá tus calificaciones eran mejores o tus piernas más delgadas. Quizá los muchachos se fijaban más en ti. Al compararte con otros descubriste que “eras mejor” que alguien, y ¿qué pasó? ¿Te sentiste más importante y arrogante? ¿Te enfocaste más en ti misma?

A Satanás no le importó si eras la niña que se comparaba y perdía o la niña que se comparaba y ganaba. Tanto la inferioridad como la superioridad conducen al cautiverio del egocentrismo, que puede prolongarse a lo largo de décadas. Lo único que Satanás tiene que hacer es seguir señalando perversamente las líneas y tentarnos a compararnos.

LA PERSPECTIVA DE PABLO

¿Dudas que Satanás tenga algo que ver con esta lucha con la comparación? Pablo no lo dudó. En 2 Corintios 10–11, cuando Pablo respondía a algunos críticos en la iglesia que lo discriminaban para hacerlo sentir inferior, él empezó su respuesta hablando acerca de la guerra espiritual (2 Corintios 10:4). De modo que Pablo discierne lo que se esconde detrás de los ataques de comparación. Él ve más allá de sus opositores que levantan sus tazas medidoras junto a la suya y señalan las líneas, y él discierne la obra del enemigo. Pablo dijo: “Ellos, midiéndose a sí mismos y comparándose consigo mismos, carecen de entendimiento” (2 Corintios 10:12, NBLA). A diferencia de sus opositores, que no comprendieron que había una guerra espiritual de la cual ellos eran partícipes, Pablo entendió y estaba preparado para responder debidamente.

Tengo que ser franca. Aunque me encanta esta verdad que fluye de la pluma de Pablo, él era un hombre adulto entrenado en teología y en lógica. ¿Qué hay de una niña en edad escolar? Espero que te indigne pensar que Satanás lance ataques de comparación contra tu yo joven e ingenuo. Espero que te enoje aún *más* pensar que él te mantenga cautiva a lo largo de décadas, sirviéndose de la misma estrategia gastada.

Ha llegado la hora de seguir el ejemplo de Pablo y reconocer que la comparación no es un juego, sino una estrategia de guerra que usa Satanás, nuestro enemigo desde la infancia.

LO QUE QUIERE SATANÁS

La Biblia no nos presenta la historia completa de Satanás y sus demonios. De la misma forma que yo le cuento a mis hijos detalles acerca de su padre y no de mis antiguos novios, la Biblia cuenta la historia de Jesús y de su Iglesia, no del malvado rival que trata de robar a la novia.

La poca información que tenemos sobre Satanás queda velada en forma de poemas y profecías, pero hay algunas certezas. Satanás ostentó alguna vez un rango y una posición en el cielo, pero en su descontento quiso que su trono se elevara aún más. Despreció el hecho de ser menos que Dios, y pretendió exaltarse a sí mismo diciendo: “Seré como el Altísimo”.² ¿Ves la palabra “como” que denota comparación?

La perdición de Satanás empezó con la comparación. Él se comparó con Dios, lo cual para un ser creado fue un atrevimiento. Dios no toleró el orgullo de Satanás y cayó del cielo como un rayo (Lucas 10:18). Cuando Satanás aterrizó, no lo hizo con mansedumbre. Satanás es un mentiroso y la verdad no tiene lugar en él, de modo que vive en el engaño de que él es de alguna manera el rival de Dios. Desde que cayó, deambula por la tierra con la obstinada determinación de desafiar la preeminencia de Dios. ¿Y cómo ataca Satanás a Dios? Hiriéndonos y destruyéndonos a nosotros. Él nos ve como instrumentos para demostrar su posición blasfema.

Muchas veces pasamos por alto neciamente esta batalla cósmica que tiene lugar en los lugares celestiales. Tropezamos con la comparación pensando únicamente en nuestras prioridades egoístas, a lo cual Satanás no se opone. Desde el primer día con Eva, Satanás ha sugerido que saquemos a Dios de la historia y subamos al trono de nuestras vidas sin Él (Génesis 3:5). Nuestro enemigo se contenta con quedar oculto, susurrando sus mensajes de comparación, y luego disfrutando perversamente al ver cómo marchamos como diminutos tiranos que quieren ser más y tener más. Nuestra casa no es lo bastante grande. Nuestra cintura no es lo bastante delgada. Nuestro ascenso no es suficiente. Satanás disfruta también cuando nos enfurruñamos y nos

2. Ver Judas 1:6 y Apocalipsis 12:9. También, observa que en Isaías 14:12-14, aunque Isaías habla del rey de Babilonia, atribuye la rebeldía de este rey a la obra de Satanás.

encogemos como "minitiranas" *ofendidas* hasta que ninguna casa es lo bastante grande, ninguna cintura es lo bastante delgada, ningún ascenso es lo bastante elevado. Poco a poco empezamos a parecernos a Satanás, que insistió en tener un trono más elevado, y para Satanás esto constituye una victoria. Él quiere que ignoremos a Dios y nos ensimismemos, porque esto resulta en nuestra destrucción. En cambio, Jesús vino para mostrarnos otro camino.

DESPOJARSE DE UNO MISMO

Si Jesús tuviera una taza medidora, estaría llena hasta el borde y rebosando. De hecho, sería imposible encontrar un recipiente que pudiera contener todo su valor y aun así caber en el universo. En el cielo, con la gloria desvelada, el valor supremo del Hijo de Dios es incontestable. Su valor simplemente excede cualquier comparación. Aun así, en la tierra Jesús no se preocupó por demostrarlo.

La llegada de Jesús no fue un espectáculo de la realeza. La noche en que nació, su madre lo acostó en un pesebre porque no había lugar para ellos en el mesón (Lucas 2:7). Su padre era un sencillo carpintero sin riqueza y sin posición social. Incluso, físicamente, Jesús tenía un cuerpo promedio, nada extraordinario. Isaías 53:2 dice: "No hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos".

Jesús pasó gran parte de su tiempo con "los más pequeños", sanando sus enfermedades y dolencias. También invirtió en aquellos que tenían riqueza y poder. Jesús compartió comidas y conversaciones con personas con pecados escandalosos, y con religiosos devotos. Convivió con doce discípulos comunes, mostrando humildad lavándoles los pies. Jesús dio ejemplo de su reino revolucionario humillándose a sí mismo, no exaltándose. Jesús vino "no para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos" (Mateo 20:28).

Solo un ser humano podía dar su vida para expiar por completo los pecados de la humanidad. Por esta razón Jesús se hizo hombre. Y solo un sustituto perfectamente justo podía ser herido por *nuestras* transgresiones y molido por *nuestros* pecados, y de ese modo cancelar la deuda de nuestro pecado (Isaías 53:5; Colosenses 2:14). Solo el Hijo de Dios tenía el poder para resucitar de los muertos triunfando sobre Satanás

y sus ejércitos, humillándolos en público (Colosenses 2:15, NVI). Solo Jesús podía servirnos de esa manera, y eso es exactamente lo que hizo.

Jesús tomó lo que tenía y no dudó un segundo en entregarlo. Filipenses 2:7 dice que Jesús “se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres”. Isaías 53:12 dice que Jesús “derramó su vida hasta la muerte”. A partir del momento en que nació hasta el momento de su muerte, Jesús no escatimó en entregarse. Antes bien, lo dio todo y derramó su vida por completo.

LA ENTREGA DE MÍ MISMA

Cuando Jesús nos invita a seguirle y a vivir bajo su gobierno, no lo hace con promesas de cumplir por fin nuestros sueños de dar la talla. Jesús quiere que destaquemos, pero conforme al sistema de valores de *su* reino, no conforme al mundo. **Satanás quiere fomentar el egocentrismo y la comparación, que es la obsesión con las líneas medidoras. El Rey Jesús nos señala la entrega, la generosidad, que es derramar nuestra taza.**

Mientras el reinado de Satanás tiene sin duda una fecha de expiración, el gobierno de Jesús será eterno. Tenemos que decidir a qué gobernante vamos a imitar: ¿Al maligno que insiste en levantar su trono más alto y que un día será arrojado al “pozo del abismo” (Apocalipsis 9:1)? ¿O al Justo, que en la demostración más extraordinaria de humildad que el mundo haya conocido jamás, estuvo dispuesto a ir a la cruz, ha sido exaltado y se le ha dado un nombre “que es sobre todo nombre” (Filipenses 2:9)?

En el reino de Jesús, los grandes son los que sirven. Quienquiera que se humille será exaltado, y quienquiera que se exalte será humillado (Mateo 23:12). Hoy se nos invita a vivir de la manera en que desearemos vivir cuando se establezca el reino revolucionario del Señor: vivir para glorificar a Dios y para servir a los demás como lo hizo Jesús, enfocarnos en la manera en que podemos derramar la taza. Sin embargo, “la grandeza venidera” no es nuestra única recompensa. Hay otro beneficio más inmediato. Si queremos suprimir las mentiras de la comparación y la tentación de vivir bajo la obsesión con las líneas medidoras, lo único que tenemos que hacer es volver nuestra atención a la boca por donde se derrama la taza y enfocarnos en el servicio a los demás.

Cuando inclino mi taza medidora, las líneas se vuelven irrelevantes, y eso es hermoso. Cuando entro en un recinto y pregunto “¿a quién puedo servir aquí?, ¿qué necesidades puedo suplir?, ¿qué tengo para ofrecer?, ¿dónde puedo derramar aquello que tengo?”, tengo una actitud completamente diferente que cuando me mido comparándome con todas las personas que veo. En vez de preocuparme por mi apariencia, por cómo me expreso o lo que todos piensan, al derramar de lo que tengo para dar con generosidad me *libero* a mí misma de la comparación. Soy más confiada, menos insegura. Me siento más gozosa, menos afligida. Estoy más satisfecha, soy menos perfeccionista. ¡Concentrarme en dar es la manera de librarme de la tiranía del yo!

¿LÍNEAS MEDIDORAS O DERRAMAR LA TAZA?

Evalúa tu vida y la manera en que te relacionas con otros. ¿Estás más centrada en las líneas medidoras o en derramar la taza medidora? Marca con una X cada característica que te describe:

Vivir obsesionada con las líneas medidoras

- ___ En lo secreto, siento celos del éxito de otros.
- ___ Me siento frustrada e incluso humillada por mis propias limitaciones o errores.
- ___ Tengo una ambición excesiva por demostrar lo que valgo o por aventajar a otros.
- ___ Soy una perfeccionista en el trabajo, en el ejercicio, en la maternidad, etc.
- ___ Con frecuencia me indigna que otros no vivan como yo creo que deberían vivir.
- ___ Me siento indigna porque no doy la talla.
- ___ Soy insegura y me obsesiona lo que otros piensan de mí.
- ___ Llevo cuentas de mis logros y no tardo en exhibirlos en las redes sociales.
- ___ Me aísto y me alejo porque me siento insegura o intimidada.
- ___ Me cuesta ser auténtica y exponerme, de modo que no tengo verdadera comunión con otros.

Vivir concentrada en derramar mi taza

- ___ Callo mis éxitos y me cuido de ser asequible.
- ___ No me preocupa mucho la aprobación o la desaprobación de los demás.
- ___ Me siento a gusto con mis límites y solo hago lo que puedo.
- ___ Uso mis dones y fortalezas para edificar a otros.
- ___ Me alegra servir con humildad, ya sea tras bambalinas o como protagonista, según resulte más útil para todos.
- ___ No busco reconocimiento, y quienes sirven juntamente conmigo lo saben.
- ___ Tengo un espíritu enseñable cuando surgen discrepancias.
- ___ Soy cuidadosa de poner los intereses de los demás por delante de los míos.
- ___ Disfruto de la unidad y la armonía en las relaciones.
- ___ Tengo comunión con un grupo diverso de personas.

Como yo, ¿te identificas más de lo que quisieras con la primera lista y menos con la segunda? Si es así, ¿es posible que hayamos sido engañadas? Amiga, dejemos atrás este mundo oscuro de competir y medirse. Refugiémonos en el reino donde las personas viven con humildad y generosidad, y no se comparan las unas con las otras. Sigamos a nuestro Jesús y, finalmente, seamos libres.

- ≈ ¿Cuáles son las características de “vivir obsesionada con las líneas medidoras” que más te han redargüido o más te han preocupado? Haz una lista de lo que la comparación con otros ha robado, matado y destruido en tu vida.
- ≈ En tu Biblia (o usando versículos impresos), lee la profecía de Isaías 53 sobre la venida de Cristo y con una flecha hacia abajo (↓) marca todas las maneras en que Jesús se entregó a sí mismo o se humilló a sí mismo. Escribe una oración, usando algunas frases del pasaje de Isaías 53, dando gracias a Jesús por haberse entregado por completo con tan bella humildad.
- ≈ Lee Filipenses 2:3-11 y enumera las maneras como Jesús se entregó a sí mismo y se volvió siervo. Escribe una manera en